

LA IGLESIA ROMÁNICA

La escuela cerró hacía tantos años que ya no recuerda en qué año fue. Recuerda las promesas de algún político local, pero lo que más presente tiene es la ausencia de los gritos, de los balonazos y de los juegos infantiles; un día dejó de haber niños en el pueblo y todo comenzó a morir paulatinamente, tan despacio que nadie parecía darse cuenta. Cuando pasa delante de la escuela abandonada le asaltan los ruidos y dedica unos segundos a rememorar el sonido de la tiza sobre el encerado, la recitación de las tablas de multiplicar y el paradigma verbal. Luego, el silencio y continúa su camino.

Tampoco sabe muy bien qué día es, solo sabe que el frío ha comenzado y las hojas de los árboles caen, como siempre han hecho, una nueva estación, la vida prosigue su imparable camino hacia la muerte. En todo eso es en lo primero que ha pensado cuando se ha despertado, con la pereza propia de la falta de obligaciones, de horarios. Eso y en el dolor del costado, que de vez en cuando se acucia y no consigue aliviar de ninguna manera. «Tengo el bicho, el marrano este», se dice para darse consuelo y ánimo. Sabe que algo dentro de él no funciona bien, sufre, aunque no demasiado, no hay prisa, lo que ha de llegar, llegará. No le preocupa morir, sino sufrir para morir.

Sus hijos le regalaron un día un teléfono móvil y pasaron varias tardes del verano anterior intentando explicarle cómo funcionaba. Él se sacaba la boina y se rascaba la cabeza dando a entender que no entendía nada, voluntarioso, sí, educado, consciente de sus limitaciones de habitante de otro siglo. Al final lo dejaron por imposible. También intentaron convencerle de que fuera a vivir con ellos a la ciudad, ni siquiera respondió a su pregunta; la sonrisa de abnegación y negación, de sobra lo conocen.

Esa mañana le cuesta salir de la cama más de lo habitual. Aguza el oído y alcanza a oír el graznido de algún cuervo, también el arrullo de las tórtolas, a lo lejos. El cierzo barre el pueblo. Querría tener hambre para desayunar, pero hace tiempo que no tiene apetito, ha tenido que hacer varios agujeros de más a su cinturón para evitar que los pantalones se le caigan.

Piensa en sus hijos, atrapados en un piso de una gran ciudad no muy lejana, aguantando a diario infinitos ruidos: los coches, los autobuses, los vecinos de arriba copulando, los de abajo estornudando. Vivir en una caja. Les tiene lástima y maldice el destino de su pueblo, condenado al olvido desde hace tantos años que ya nadie recuerda por qué: la avaricia del hombre que buscaba bajo tierra lo que no había arriba, la estulticia de las administraciones empeñadas en castigar al medio rural, la falsa promesa del progreso en un trabajo de horario estajanovista y contrato leonino; quizá, tan solo la mala suerte de estar mal situado, de no tener cerca una autovía, de que de ninguna empresa quisiera establecerse cerca del pueblo...

Desayuna de mala gana con la radio —su única compañía y alegría— y se lleva la mano al vientre, hoy le gustaría descansar pero tiene que acabar, sabe que se está quedando sin tiempo.

A veces habla con los locutores sin esperar respuesta, escucha las noticias que supone muy importantes para la gente, pero le parecen tan ajenas que apenas presta atención, como si fueran de otro mundo: datos de macroeconomía, la avaricia del ser humano, un asesinato de siete pecados capitales, los resultados de los deportes... Muchas cosas ni siquiera las entiende, pero al menos le hacen compañía. Sale de casa sin cerrar la puerta con llave y se va a seguir con sus cosas.

Es un día soleado, no se encuentra con nadie en el camino, como de costumbre y como sería de esperar. Es el último habitante del pueblo. El último. Alguna vez, durante los fines de semana va alguien por allí a dar una vuelta, como si quisieran comprobar que el pueblo todavía existe, que sigue en su sitio, enfrentado contumaz a la realidad del abandono, de la nada; pronto no tendrá que aparecer ya ni en los mapas. Aparecen por allí de vez en cuando hijos del pueblo buscando su identidad y preguntándose por sus ancestros, algún ciclista o turista despistado, poco más.

En verano la cosa cambia y por las noches se pueden juntar a tomar la fresca algunos vecinos en la puerta de las casas que quedan en pie, como antaño. Las charlas forman murmullo de vida y los que allí se sientan, exhaustos de su vida de ciudadanos no pueden parar de comentar las bondades del pueblo. En esos momentos todo son parabienes: lo bien que se está, lo bien que se respira, la tranquilidad... y, sin embargo, al cabo de unas pocas semanas todos desaparecerán. En el fondo, él sabe que mienten. Quizá ellos mismos también.

Comprueba con una cierta decepción que hoy tampoco se cumplirá su deseo. En su imaginación, una mañana le espera un equipo de periodistas a las puertas del cementerio, adonde va todas las mañanas. Una joven reportera —incluso en su imaginación hace tiempo que no ve una mujer tan bonita— le explica que han sabido que en ese pueblo un hombre solo y sin ayuda de nadie, el último habitante, está construyendo una iglesia.

En su ensueño, se arrepiente unos instantes de no haberse puesto una ropa más decente y les enseña lo que ha ido haciendo durante los últimos años. La expresión del cámara es de incredulidad. ¿Cómo va a erigir un hombre solo una iglesia románica? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por qué una iglesia románica cuando en esa zona tampoco ha habido nunca nada románico? Él, que escucha la pregunta en la mente del visitante, le enseña el libro de donde ha sacado el modelo que ha copiado con una humildad que desmonta cualquier posible sospecha de engaño o vanagloria.

No sabe muy bien por qué comenzó con todo aquello, pero, probablemente, cuando no se puede hablar con los vivos, solo quedan los muertos. Primero limpió el camposanto de malas hierbas, pero no le pareció suficiente; luego lustró las lápidas y encaló los muros, tenía tiempo, todo el tiempo del mundo. Luego pensó que podría recolocar los restos del naufragio del pueblo y puso esculturas, imágenes y pinturas por doquier, haciendo del escenario un paisaje idílico de belleza sin igual. Cuando acabó todo aquello se fijó en la era que quedaba justo a la entrada del camposanto y su mente relacionó el buen puñado de casas caídas en el pueblo. «Por aprovechar la piedra», miente ante la cámara, «ya ve usted», responde en su imaginaria entrevista. La reportera pregunta por qué y él responde con cordura que «cuando en un lugar solo quedan muertos, a los muertos hay que atender».

También imagina que, después de la emisión en la televisión —que como todo el mundo sabe es una cosa muy importante— un grupo de japoneses llega al pueblo y una agencia de viajes lo convierte en lugar de paso obligado para miles de personas. La iglesia que ha construido recibe donaciones y grupos de voluntarios van a ayudarlo a acabarla. Al cabo del tiempo, bella y lustrosa, un obispo la consagra, profesores universitarios la estudian y alaban su trabajo y, finalmente, los sabios de algún ministerio la declaran monumento de Interés Turístico. Al poco, abren un camping se

instala en la zona, los turistas no dejan de llegar y, por consiguiente, pronto alguien comienza a regentar un bar en donde surgen conversaciones y amores.

En su sueño, un día, alguien decide comprar una casa, la rehabilita y la llena de ruidos. En poco tiempo el ganado comienza a pastar. Alguien comienza a labrar los campos que pronto se llenan de vida y el milagro sucede: los llantos de un bebé rompen el silencio definitivamente.

Pero eso que tanto ha imaginado no ha ocurrido esa mañana, y llora sin prisa y sin dolor, quizá también de emoción, las cosas son así. Hoy va a poner la última piedra de la iglesia, hoy acabará su obra. Al rato, tras los últimos retoques, tras limpiar un poco más de lo que ya lo ha hecho, ve su obra y ve que es buena. Se siente orgulloso, y reza frases recordadas con claridad desde la infancia. Le gustaría celebrarlo tomando una copa de coñac, pero hace tanto tiempo que no lo prueba que solo puede imaginar su sabor. Pasea sin prisa por la iglesia y por el cementerio, y ve que es bueno, y bello.

Le gustaría despedirse de los pocos seres queridos que le quedan. Piensa en los vecinos desaparecidos, en sus hijos, sus nietos, en su esposa, con quien tanto ha hablado durante los últimos años. Mira el paisaje que tanto ama y que no puede abandonar, las tierras de sus ancestros, los árboles de donde recogían fruta, los olivares que dieron aceite... allí está el sudor de su pasado, su presente, también, su futuro. Y sigue llorando, también de felicidad. Ya no quiere más tiempo.

No ha cavado una fosa. Solo ha colocado una bella y enorme caja de madera encima de la tumba de su esposa. Apoyada en ella hay una escopeta de caza.